

**JOSÉ LUIS ROMERO,
HISTORIADOR CIUDADANO**

*Comunicación del académico de número Luis Alberto Romero,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 28 de junio de 2017*

JOSÉ LUIS ROMERO, HISTORIADOR CIUDADANO

Por el académico DR. LUIS ALBERTO ROMERO

Quiero hablar de un aspecto de la obra y la vida de José Luis Romero: de su obra de historiador y su vida de ciudadano, dos aspectos entrelazados, en tensión pero, de alguna manera muy personal, integrados.

Preparé inicialmente este texto con motivo de mi incorporación a la Academia Nacional de la Historia. Quiero leerlo nuevamente por dos razones. En aquella Academia no existe el maravilloso hábito que aquí tenemos de la conversación franca sobre los trabajos. Pero además, luego de expuesto, recibí de René Balestra algo sorprendente: una carta que le escribió mi padre, muy sincera y abierta, que refiere exactamente al tema que voy a tratar. Quiero que oigan, de su voz, una versión vívida del problema que voy a disecar.

La carta fue escrita en julio de 1975. Tenía 66 años y faltaba menos de dos años para que muriera, inesperadamente. Según

explica, la escribió al final de un largo período de crisis. No fue muy visible, y sus hijos no la percibimos, pero parece haber sido honda. Estimo debe de haberse iniciado a principios de los años setenta, cuando descubrió que todo su mundo, sus colegas jóvenes, sus discípulos, se enrolaban en formas de militancia que le eran ajenas. Se veía a sí mismo fuera del juego, como una “antigualla liberal”.

Luego de elogiar el libro de Balestra le dice:

Su libro me pareció hermoso, noble y además acertado. Pero me pareció que incurría en mi propio error, en el error que en esos días yo estaba sometiendo a examen, un examen que alcanzaba no sólo a mis convicciones políticas sino también a mi obra de historiador y a los principios que la guiaron.

El tema reiterado de toda mi obra ha sido el de las relaciones entre las sociedades y las ideologías... Me apasionan los procesos sociales, pero en relación con las interpretaciones de la realidad y los proyectos o modelos que juegan en ellos. Con el mismo método he procurado definir mi posición frente a la vida de mi tiempo y de mi país. Y llegué al socialismo -evolucionista y reformista, en principio, siempre que la reforma conduzca al socialismo y no a una transacción favorable al sistema.

Pero el historiador tiene una deformación profesional, que consiste en establecer los procesos en largo plazo. Las actitudes políticas, por el contrario, exigen una percepción de los procesos de corto plazo. Y quien se habitúa a manejarse en ciertos niveles de abstracción tiene, a veces, ciertas dificultades para ajustar las dos perspectivas. Creo que es esto lo que me pasa a mí. Yo se que el cambio se produce, y que es a nuestro favor. Pero siempre me defrauda la realidad en relación con mis expectativas. Es un problema de plazo, pero si para el analista histórico el plazo es, simplemente, el que impone el proceso, para el hombre viviente el plazo es el de la angustia de su vida. Ser hombre vivo e historiador es algo que conduce a una suerte de constante esquizofrenia, si, como yo, quiero vivir tanto la historia como la vida.

Cuando compruebo esto -y el vertiginoso proceso que

hemos vivido ha sido un llamado de atención insoslayable- el historiador le aconseja al hombre vivo que sea un poco más “realista”, esto es, que reconozca la distancia entre la realidad y sus ideales, como se decía antes; que no desdeñe la realidad, que acepte el tempo del proceso, que cuestione sus opiniones para ver qué grado de abstracción hay en ellas. ... Pero la relación entre el historiador y el hombre vivo es dialéctica. Aceptado los términos de una instancia e internalizado ese recaudo crítico, comienza la instancia opuesta (: la de la militancia).

Créame que nunca he creído en el realismo oportunista. Pero siempre he estado preocupado por hallar la medida justa del realismo tanto interpretativo como operativo. Esto no es versatilidad, sino militancia intelectual y vital. Puede que todo esto sea inexacto, o una debilidad mía, o un signo de mi inconsistencia. Pero con ello he vivido hasta ahora y constituye mi forma mentis, la única que tengo.

Sabemos que la relación entre dos almas que conviven en una persona, la del historiador y el ciudadano, no es una relación sencilla. Que si se la piensa, es algo así como la cuadratura del círculo. El gran historiador Marc Bloch sintetizó la respuesta básica y clásica: el trabajo del historiador consiste en comprender, y no en juzgar. Pero resulta que Bloch escribió esto hacia 1941 o 1942, poco antes de ingresar en la Resistencia y ser fusilado. Pudo haberse ido de la Francia ocupada, pero eligió lo propio del ciudadano: el compromiso y la acción. Sin embargo, es difícil encontrar una huella de todo esto en sus grandes obras, como La sociedad feudal o Los reyes taumaturgos.

En cambio, es fácil ver esta relación en la obra de José Luis Romero. Como historiador, fue hombre de una idea, que desarrolló a lo largo de su vida; casi diría que organizó su vida alrededor de esta idea. Como ciudadano también tenía una idea, ordenada por un juicio moral acerca de lo que debía hacerse, y de lo que él quería hacer. Lo singular es cómo empalmaba ambas cosas, cómo el trabajo riguroso del historiador lo conducía a lo que entendía era la encrucijada decisiva del presente; entonces, elegía uno de los caminos, aquel en el que su juicio moral en definitiva coincidía con

lo que llamaba la curva profunda del proceso histórico. José Luis Romero señaló en Sarmiento, una de las figuras sobre las que solía proyectar sus propias ideas, esa misma tensa complementación entre lo que, en esa ocasión, denominó “la necesidad” y “la libertad”.

Durante mucho tiempo esta convergencia del historiador y el ciudadano me pareció natural, hasta que encontré, por experiencia propia y ajena, que muy pocos historiadores lograban esa integración entre comprensión y acción.

Trataré de mostrar cómo funcionó esto, en su trabajo de historiador y en su acción ciudadana, y cómo lo resumió en sus ideas maduras acerca de la relación entre los hombres, su pasado, su futuro y ese instante fugaz que cada subjetividad denomina presente.

II.

Como historiador, José Luis Romero fue hombre de una idea. Una idea de lo que quería estudiar y una idea de lo que llamó “la vida histórica”, a la que me referiré al final.

Su objeto comenzó siendo acotado y terminó cercano a la desmesura. Dedicado inicialmente a la historia griega y romana, se convirtió en medievalista. Hacia 1948 ya había encontrado su tema: “los orígenes del espíritu burgués”, algo que finalmente denominó, al aparecer su libro en 1967, “la revolución burguesa en el mundo feudal”. Por entonces redondeó su proyecto, que le insumiría lo que estimaba el resto su vida activa, hasta los ochenta años: una historia de la cultura occidental, de sus burguesías y de sus ciudades, desde su origen hasta la crisis contemporánea, y paralelamente un estudio sobre la vida histórica y la relación del hombre con el pasado. De esto solo concluyó su libro Latinoamérica, las ciudades y las ideas, y casi concluyó Crisis y orden en el mundo feudo burgués, continuación de “La revolución burguesa” hasta el siglo XVI.

Paralelamente escribió muchas cosas sobre la Argentina -quizá las más conocidas-, movido por inquietudes algo diferentes, pero en el fondo con la misma idea de la historia y particularmente de la historia occidental.

En todos ellos va desarrollando una idea sobre el sentido de la historia de Occidente, y de la gran curva del proceso que podía imaginar. En el prólogo de La revolución burguesa en el mundo feudal advierte que, *“aunque se ocupa de una época distante, este libro ha sido pensado para comprender el mundo actual, o mejor, el oscuro proceso en el que se elabora y constituye la situación de nuestro tiempo”*. Y se pregunta si los movimientos sociales del siglo XX suponen *“un viraje fundamental”* o si son solo *“nuevas formas” del mismo proceso, consistentes en “la consumación de ciertos principios”*.

¿Cuáles eran esos principios? La universalización del humanismo burgués, encarnada en su presente en la democracia liberal y en el socialismo. Aunque prudentemente ubica esta última idea en el orden de las opiniones, está seguro de que empalma, no con el futuro contingente, pero sí con el profundo, lo que llamaba la gran curva del proceso.

En otras ocasiones recurrió a esa distinción entre opinión y análisis histórico. Este se caracteriza por el rigor intelectual -el obstinado rigor- y por la honestidad, consistente ésta en declarar las propias convicciones, como hizo en la conclusión de *Las ideas políticas en Argentina*, o cuando calificó a toda su obra sobre la Argentina como el trabajo de un ciudadano. Mi impresión, confirmada por la carta a Balestra, es que nunca dudó de que era lícito empalmar el análisis con la previsión y el consejo histórico, con la salvedad de preguntarle a la historia por lo profundo y no por lo contingente.

José Luis Romero no dudaba de que el suyo era un trabajo riguroso, empírico y científico, que distinguía contundentemente de las “filosofías de la historia”. Su característica más saliente -la que siempre me impresionó más- es un radical historicismo, en el sentido de entender cada cosa en su contexto y en sus circunstancias y en no perder nunca de vista, más allá de las

incitaciones del presente, que el pasado es una cosa diferente. Ese tipo de “relativismo” es esencial para entender el pasado, tan ajeno a nosotros como la Polinesia lo es para un antropólogo.

Su toma de distancia respecto de las filosofías de la historia tiene otra dimensión. La convicción de que, por muy fuerte que sea la influencia del pasado vivo, nada está escrito o definido a priori.

La historia ya vivida conforma el mundo de la necesidad, pero allí comienza para cada actor, individual o colectivo, el momento de la acción y de la libertad, el momento en que cada uno puede cortar el nudo gordiano. De ahí su interés preferente por los momentos de la creación, del surgimiento de lo nuevo en los entresijos de lo vivido. En el siglo XI se trataba del surgimiento de la mentalidad burguesa. En 1970 eran las distintas formas del disconformismo anti burgués que siguió con atención, y que, en algunos casos, como le dice a Balestra, lo afectaron.

Creo que esta capacidad para empalmar sin conflicto el rigor historicista y la búsqueda del sentido expresaba la consustanciación entre la historia que quería hacer y la propia vida, no solo en el momento del compromiso ciudadano, del que hablaré luego, sino en lo cotidiano, en cada momento de su existencia.

Esta confluencia entre la historia y la vida viviente explica su capacidad -y también su necesidad- para ampliar el repertorio convencional de fuentes y documentos y convertir cualquier experiencia cotidiana en una fuente, un testimonio. Un ejemplo de esto es su relación con las ciudades, que visitaba metódicamente, exprimía y absorbía, munido de una guía y de un mapa. Los frutos pueden verse en su libro sobre Latinoamérica.

En 1946 escribió un curioso texto sobre “el alma popular”, breve y firmado con seudónimo. (que puede verse en el sitio web José Luis Romero). Ejemplifica esa alma popular con la forma en que los hombres juegan al fútbol y bailan el tango. Exhibe una sorpresiva experticia y autoridad en un tema que conocía solo de oídas. Su saber provenía de las conversaciones con el grupo de amigos de Adrogué, cuyo mundo eran el fútbol, las carreras, el baile, el tango. Conversaba mucho con ellos -se caían a cualquier

hora-, y con muchos otros, pues era un gran conversador. Rememorando ésto, me sorprendió que una persona tan celosa de su tiempo y su trabajo lo gastara así.

Luego de leer ese y otros textos sobre la sociedad, la sociabilidad y lo que llamaba las ideas espontáneas en la Argentina caí en la cuenta de que en cada una de esas conversaciones con los amigos de Adrogué había exprimido literalmente a su interlocutor, absorbiendo sus experiencias, sus modos de pensar, sus ideas de la vida y del destino del hombre. Que ese tiempo perdido era, en realidad, tiempo de investigación, de búsqueda e interpretación de fuentes. Que cualquier experiencia personal formaba parte del mismo proceso de experiencia y reflexión del que habló refiriéndose a Sarmiento. En suma, una forma de vivir la historia y vivir la vida.

III.

José Luis Romero fue un historiador ciudadano. Fue lo que en su tiempo se llamaba un intelectual comprometido, un ciudadano vigilante que en ciertos momentos decidió actuar con intensidad. Quiero señalar cómo entendía ese compromiso intelectual, y en qué circunstancias, por qué y para qué entro en la liza, por así decirlo.

El tema del compromiso está siempre presente en sus textos, unido al de “conciencia alerta y vigilante”, impulsada por “un imperativo moral”. La “filiación histórica del presente” era el punto de partida de la “inexcusable acción” “la acción inevitable y perentoria”.

El imperativo moral, de raigambre kantiana, lo aleja del relativismo propio de la comprensión histórica. No recuerdo que haya escrito explícitamente sobre ese principio moral, pero lo manifestó proyectándolo en otros intelectuales, que consideró

paradigmáticos: Sarmiento, Alejandro Korn y sobre todo Alfredo Palacios -con quien lo unió una relación estrecha desde adolescente- de quien subrayó su doble carácter de universitario y de político, y la unidad de su pensamiento, su acción y su conducta.

Todos ellos pertenecían a algo que a veces llamó la “aristocracia intelectual”, contrapuesta a las elites sociales, crecientemente ilegítimas. Era una aristocracia reunida en las universidades, el ámbito natural de esa militancia intelectual, que en América Latina tenían la irrenunciable misión de ocuparse de las cuestiones públicas. La política, que formaba parte de la vida universitaria, consistía en pensar en los problemas del país y en sus soluciones. Se trataba de una línea riesgosa, entre Scila y Caribdis, que defendió de diferentes maneras según las circunstancias.

En 1945, en tiempos de “alpargatas o libros”, dijo que la universidad no podía conceder aumento de salarios, como hacía Perón, pero que en la universidad se elaboraban las ideas que lo hacían pensable, posible y razonable. En los años sesenta, en tiempos de anticomunismo, defendió el derecho de la universidad a tratar los temas políticos. En los años setenta, en cambio, cuando la política inundó la vida universitaria, recordó que la universidad debía ser una isla, donde el pensamiento pudiera desarrollarse liberado de las pasiones y de las constricciones de la política militante.

Ésto me lleva a la segunda cuestión: en que momentos militó activamente. Lo hizo excepcionalmente, cuando creyó que era inevitable sacrificar algo de su trabajo cotidiano. Diría que se trató de una militancia agonal, cuando creyó que se dirimía algo importante y que no podía rehuir la responsabilidad.

En los años previos a 1945 se sumó al frente anti fascista, y en 1945 decidió afiliarse al partido Socialista, con el que había simpatizado, pero sin comulgar con sus dirigentes históricos. A principios de 1946 colaboró en un periódico partidario, que dirigía Arnaldo Orfila Reynal, y que era crítico de la línea política del partido, que identificaba a los peronistas con el lumpen proletariado o de aluvión zoológico. En febrero, antes de las elecciones, escribió: “no conocemos al pueblo; no sabemos cómo hablarle”. En

abril, luego del comicio, afirmó que a Perón lo habían votado los tradicionales votantes socialistas, los trabajadores y las clases medias, a quienes Perón habló mejor. De ese año es Las ideas políticas en Argentina, -el libro de un ciudadano y de un socialista, dijo- cuya segunda parte, “La era aluvial” consistió en un intento de comprender esa sociedad nueva que acompañaba al peronismo.

En 1955 el gobierno revolucionario lo nombró Rector interventor de la Universidad de Buenos Aires, a propuesta de la Federación Universitaria de Estudiantes. No le tembló la mano para hacer lo que creía que debía hacerse. Fueron meses muy intensos - que le costaron un infarto-, por la virulencia de las situaciones académicas, por la controversia con el ministro Dell Oro Maini y por el impulso dado a una transformación de la universidad que mantuvo ese rumbo hasta 1966.

En 1956, apenas concluido el rectorado, se vio catapultado al Comité Central del Partido Socialista por los jóvenes socialistas, que aspiraban a ofrecer una alternativa de izquierda para los trabajadores peronistas. Aceptó su responsabilidad, intervino activamente en el traumático proceso que culminó con la división del partido, y cumplió con su deber de militante, pero con poco placer y creciente disgusto, a medida que se le hacía más difícil coincidir con el sector juvenil, hasta que en 1962 renunció a una de las fracciones del atomizado partido.

En 1962 ocupó el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, donde en los años anteriores había construido el espacio universitario más afín con su estilo: el Centro de Estudios de Historia Social. El decanato fue absorbente -aunque siempre resguardó sus mañanas- en parte porque se retomó con vigor el proyecto de modernización universitaria, pero sobre todo por la intensa politización universitaria, que comenzó entonces. Durante tres años creyó que podía encauzarla y marcar los límites, con el único fundamento de su autoridad moral, que era grande, y de su presencia física, que era mucha. Hacia fines de 1965 este recurso ya no funcionó más, y optó por renunciar y jubilarse.

Comenzó el período de los grandes proyectos historiográficos y también -me he enterado a través de la carta a

Balestra- el de una creciente crisis de conciencia. En 1973 resurgió su “conciencia vigilante” y escribió una serie de artículos periodísticos, tratando de explicar, con la mirada del historiador, la crisis política que se desarrollaba ante sus ojos, tan preocupados como apasionados. Su diagnóstico, más allá de la contingencia, fue que se trataba de una crisis moral, de la democracia y más en general una crisis de las elites en una sociedad mal integrada, que había perdido el rumbo. En esos textos volvió a su principio más general: la historia es maestra de la vida en tanto se le pregunte por lo profundo y no por lo contingente. Con su consejo los hombres pueden entender el presente y esclarecer las opciones entre las que deberán elegir, imponiendo así al proceso su propio rumbo, dentro de los marcos de lo posible.

Reaparece así la tensión de la que hablé inicialmente entre el historiador y el ciudadano. Para explicar cómo la saldó, ya como historiador, conviene repasar las ideas, que modeló en su madurez, acerca de la vida histórica, el pasado, el futuro y los infinitos presentes.

IV.

Mientras hacía historia José Luis Romero maduró una idea de lo que llamó la vida histórica.

La vida histórica transcurre uniendo en un único devenir el pasado vivido con el futuro potencial que ha de realizarse. Es el río de Heráclito. Desde esa perspectiva, el presente es solo el instante fugaz -en rigor infinitos instantes fugaces- en los que cada subjetividad percibe la separación entre lo sucedido y lo que comienza a suceder, ese instante que, apenas se comienza a reflexionar sobre él, ya se convierte en pasado.

Pero cuando reflexiona sobre la relación entre el hombre y el pasado, parte de otras preguntas, sobre la acción y su sentido,

propias no ya del historiador sino del ciudadano. Para cada actor, individual o colectivo, ese instante que para el historiador es fugaz, es decisivo, pues es el momento de la acción, el momento en que la necesidad deja paso a la contingencia. ¿Una acción libre? Siempre lo es, pero en distintos grados, que dependen fundamentalmente del reconocimiento de los límites de esa libertad. A este conocimiento reflexivo, que entrelaza la intencionalidad y la acción, lo llamé “conciencia histórica”.

De ese modo, el presente que a los ojos del historiador es fugaz, para el actor es el “momento supremo”, en el que se instala con “prometeico señorío”, presto a “cortar el nudo gordiano”. La comprensión histórica sirve para aclarar los términos de la encrucijada. ¿Qué camino se elegirá? El que le indiquen sus convicciones, sus valores, que aunque construidos con la experiencia, tienen para él una imperativa fuerza moral.

En esta capacidad de la acción y de la elección reposa lo que él llamaba su optimismo histórico. En parte proviene de una confianza -diría que poco fundamentada- en el desarrollo humano de los valores de la libertad y la igualdad. Esa confianza es la que entró en crisis en 1973.

Pero la confianza proviene sobre todo de la seguridad de que los hombres serán siempre capaces de renovar las circunstancias que los constriñen. No asegura -me parece- que lo nuevo le resulte mejor, ni en el corto plazo ni en el mediano -los únicos con algún sentido subjetivo-; solo asegura que el espectáculo que los hombres ofrecen a quien los contemple y se proponga comprenderlo será siempre novedoso e imprevisto, que nada está escrito, que no hay final fuera de la historia misma.

Tengo la impresión de que esta solución es incompleta, y que los dos diferentes puntos de partida -el del historiador y el del ciudadano- siguen dejando muchas cosas sin explicar. La cuadratura del círculo no ha sido resuelta. No sé si lo habría logrado de haber terminado de elaborar sus reflexiones. Pero estoy convencido de que, en términos personales, logró una coherencia que se me hace bastante excepcional entre el historiador y el ciudadano.

